

brechtiana al campo general del pensamiento materialista —a las relaciones entre política y sociedad, entre "especialistas de la política" y ciudadanos en general—, caerán por los suelos una serie de principios, también defendidos por Brecht en algunas obras anteriores, en torno a lo que suele entenderse por dialéctica...

"Galileo Galilei" es una obra de innumerables sugerencias, con más de treinta personajes, además de figuración, que los ocho actores del GIT han desmenuzado, sin trampear un solo punto del discurso. Su trabajo se atiene escrupulosamente al gran principio del "Pequeño Organon" brechtiano: el de que "no basta vivir la parte". Lo cual, contra lo que algunos creen, no supone que "no debe virarse el personaje", ni "introducir las emociones", sino que debe haber "algo más" en la resultante global del espectáculo. Los ocho actores del GIT, en fin, con las limitaciones que la drástica reducción del reparto impone —los personajes se los distribuyen entre ellos, salvo el caso de Andrés Cienfuegos, que es "sólo" Galileo—, superan cualquier "manierismo épico" para animar una representación que tiene en su estructura, en su escenografía, en sus diapositivas, las claves del "distanciamiento".

Un punto se les escapa, inevitablemente, a los del GIT: la representación de cierta espectacularidad eclesial, de cierto refinamiento vaticano, que chocan con la vida austera de Galileo. Yo creo que es un conflicto de imágenes que forma parte de la propuesta teatral de Brecht. Pero es obvio que ocho actores no podían llegar hasta ahí. En todo caso, entre el "decorativista" y trivial "Galileo Galilei" que se estrenó en el Barceló y éste del GIT hay una enorme distancia a favor del último. Aquél era sólo cáscara. Este va, en cambio, de dentro afuera, y llega hasta donde sus medios y sus actores lo permiten.

Firman la puesta en escena: Andrés Cienfuegos, Domingo lo Giudice, Mónica Rúfalo y Raúl Perotti. Los ocho actores son: Andrés Cienfuegos, Mónica Rúfalo, Oscar Sosa, Rosa Castillo, Raúl Gómez, Javier Navarrete, José Manuel Mora y Francisco Prada. ■ JOSE MONLEON.

QUE te pasa, Critilo? —dice Fabio.
—Estoy preocupado. Ha habido un cura que me ha escrito una larguísima carta amenazándome con el fuego eterno.

—¿Y eso te preocupa?
—El fuego eterno, no; pero la eterna estupidez y el inagotable sadismo humano me preocupan mucho. Son, con la muerte, las fundamentales razones de mi pesimismo, ya sabes.

—En ese caso —dice Fabio, sacándose una revista del bolsillo—, tal vez no sea oportuno hablarte hoy de otro señor, no sé si cura o seglar, que anda por ahí haciendo alusiones a estas tertulias nuestras.

Las ha llamado, sin nombrarnos, chácharas de snobs.

—Pues que Santa Lucía le conserve la católica vista a ese señor tan agudo —dice Critilo, rechazando la revista—. Ya, ya sé de quién se trata. Para chácharas, las tuyas. Y para snobs, que vaya a buscarlos entre sus amigos los católicos piores, porque lo que es aquí, como buenos ateos que somos, siempre nos hemos tomado el tema de Dios en serio, aunque procurando no perder nunca del

todo el sentido del humor, que es una de las pocas cosas que el Señor nos ha dejado para defendernos de sus muchos ultrajes. Por ejemplo, de cuando nos suele mandar un dolor de muelas o un cólico nefrítico. Yo digo siempre en estos casos: gracias a Dios. Si creyera en Él, diría otra cosa.

—Pero este católico y apostólico señor ve la cuestión desde otro ángulo —dice Fabio—. El cree, sin duda, que para hablar de Dios (si es en contra, se entiende) hay que pasar antes por el seminario y estudiar teología. O a lo mejor cree que hay que ser Hans Küng y escribir novecientas páginas como mínimo. O sea, que Dios es cosa de especialistas, y nosotros hemos tenido el atrevimiento, "tan frecuente entre españoles" (como decía el otro infame cura de la carta), de hablar de lo que no sabemos.

—Sólo sé que no sé nada, ya lo dijo Kant —dice Critilo.

—Sócrates.

—Sócrates y Kant y cualquier persona con dos dedos de frente —insiste Critilo—. Ignoramus, ignorabimus, y no hay teologías que valgan. Sólo un "iluminado" puede pretender ser especialista en Dios. En todo caso, si existe la especialidad y sale a concurso la cátedra, yo me presento a esa oposición, aunque lleve como contrincante a Hans Küng, a María Magdalena o a cualquier otro sabio, santa o santurrón de antaño o de hogaño.

—¿Tanto sabes de Dios, Critilo?

—Lo mismo que ellos. Es decir, nada. Todos conocemos los argumentos a favor y en contra.

Yo, aunque a veces me llamo ateo para provocar a los inquisidores y desenmascarar a los católicos progres, en puridad soy un agnóstico. Y eso, desde que llegué a la edad de la razón, no precisamente por los caminos de la libertad. Como aquel filósofo griego citado por Diógenes Laercio, nada puedo decir sobre los dioses, ni si existen ni si no existen.

—Lo cual demuestra que no existen —apostilla Fabio.

—Seguramente. O a lo mejor juegan al escondite, como los extraterrestres. Pero, en fin, vamos a dejarlo en un empate. Pues no, ahora viene la santa Iglesia católica y asegura que

no, que la existencia de Dios puede probarse racionalmente. Y no sólo lo asegura, sino que lo declara dogma de fe. "Quien afirme que el único y verdadero Dios no puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana a través de las criaturas, sea anatema". ¡Vaya por Dios! ¡Y qué dogma más superparadójico! Porque si realmente puede probarse, que lo prueben; no hacen falta dogmas para eso. Es como si declaramos

dogma de fe el principio de Arquímedes. Pues, señor, métase usted en el baño y diga "eureka" en lugar de "anatema". Pero estos católicos, ¡siempre condenando a los que no piensan como ellos! Y parecía que íbamos a cambiar, pero sí, sí: naranjas de la China. Basta con que los provoques un poco y ya están todos, hasta los más piores, negándote el pan y la sal. No lo digo por Hans Küng, que es un tío de pecho en pecho, el pensador católico más inteligente y honesto que me he echado a la cara. Lo digo y se lo digo a casi todos los católicos progres de este eterno país de las nacionalidades y regiones. Queridos hermanos en Cristo: yo os pediría sencillamente, que os quitéis la careta y reconozcáis que no podéis aceptar a un individuo que, sin ser Ernst Bloch ni Bertrand Russell, no cree en la existencia de Dios y lo dice sin ambages y se declara ateo militante y quiere hacer proselitismo, no por razones políticas, ni por razones sociales, ni por razones psicológicas, sino por razones de amor a la verdad. Y añadiría algo para ese señor de la revista, profesional del catolicismo progre, según pare: "¿Por qué habla usted de Dios y no habla nunca del infierno? ¿No será más coherente con sus creencias el cura de la carta, que me amenaza con él? Usted se llama cristiano. Pues bien: Jesucristo creía en el infierno. Usted se considera miembro de la Iglesia católica. Pues bien: es dogma de fe para los católicos que existe el infierno y que hay fuego en él. ¿No será que usted, como tantos católicos a medias, quiere nadar y guardar la ropa? Casi prefiero a Wojtyła". ■



Interrogatorio en la Inquisición.

CRITILLO, CRITICADO (II)

JOSE MARIA VAZ DE SOTO